



Lo más fatal

¿Adónde se ha ido, Dios mío, todo aquel ensueño del Viceimperio Ibérico, con Portugal, el Norte de Marruecos, incluso Tánger y Gibraltar? Esa había de haber sido la gloria de este reinado, la reconstitución de la España más grande y el desquite del desastre de 1898, en que perdió el antiguo Reino sus últimas colonias americanas y asiáticas. Y ese ensueño, al que se supeditó la ambigua y turbia política internacional de España durante la gran guerra de las naciones, ese ensueño juvenil — acaso pueril — se está deshaciendo en polvo, y en barro, en las trágicas costas africanas de Marruecos.

Se ha renunciado ya al «defenderla y no encomendarla», pero ¿cómo se lleva a cabo la enmienda? ¿Lo que cuesta confesar un error! ¿Lo que cuesta repararlo! Todos están ya conformes en que no puede seguir la aventura conquistadora de Marruecos; todos están ya persuadidos de que el Reino ha sido allí vencido definitivamente; todos los políticos del régimen saben que éste ha fracasado; pero ¿cómo retirarse sin desdoro de la aventura? ¿Cómo declarar el vencimiento? ¿Cómo reconocer el fracaso?

Dicen que a la acción militar va a sustituir la civil y a la conquista fracasada el protectorado; pero ¿en qué va a consistir esa acción civil sin el suficiente apoyo militar? ¿Qué es eso del protectorado? Nadie sabe explicarlo. Ni es de fácil explicación.

Hay que renunciar, ¡claro!, a lo del castigo a los moros que infligieron al Reino el castigo de Annual; pero ¿se seguirá a ello la depuración de las responsabilidades todas por este desastre de Annual? ¿O más bien no ocurrirá lo que ocurrió después de lo de 1898? Porque entonces, y a pesar de aquel terrible telegrama que leyó el señor Salmerón en el Congreso, no se quiso poner en claro lo ocurrido en Santiago de Cuba. Donde lo que se llamó el honor de la patria no fué tal cosa, sino querer salvar el prestigio de las instituciones. Temíase acaso una revolución que no llegó.

Lo que viene ocurriendo desde fines de julio del año pasado, desde el hundimiento de la cantonal Comandancia de Melilla, es mucho más trágico y más fatal que fué el hundimiento mismo. Para mantener la especie de que aquello se

debió, como dijo el señor vizconde de Eza, a la fatalidad — ¡cómo recurso!, — se están haciendo cosas más fatales, más fatídicas aún. Porque lo fatal no fué aquello; lo fatal es que no se puede confesar lo que aquello fué; lo fatal es que no cabe confesarlo sin proclamar la culpa de la fatalidad.

El conde de Romanones dice que de todo ello tienen la culpa los políticos que han gobernado, sin excluirse a sí mismo, pero esos gobernantes y ex gobernantes culpables no se retiran de la política activa a hacer penitencia. Y no se retiran porque dejarían completamente desamparado al poder que de ellos se sirvió, al que les dejó caer en culpa, si es que no les indujo a ella. Los responsables no responden de verdad, porque si respondieran dejarían al descubierto a la irresponsabilidad.

¡Lo que cuesta confesar la derrota de lo de Marruecos! Hay quien habla del honor de la patria, como si la patria, la nación, España, tuviera que ver en una aventura imperialista en que se le metió sin su voluntad. La derrota será una derrota del Reino, del ex futuro Viceimperio; pero ¿de la nación? ¿De España? ¿De España, no! A España se la llevó a eso muy mal de su grado. Y si España tiene culpa es por no haber sabido resistirlo debidamente. Pero para impedir que resistiera se la despoizó, se la desconstitucionalizó, se la reprimió. La suspensión de las garantías constitucionales se dictó en gran parte para impedir que se hiciera opinión contra la aventura conquistadora e imperialista de Marruecos.

En un país dotado de conciencia nacional un fracaso como el de la aventura imperialista de Marruecos sería el fin del régimen que la hubiera amparado.

Miguel de UNAMUNO.

